

2012: nuevas amenazas, nuevos retos. La necesidad de un nuevo paradigma global de seguridad

Paul Rogers,
Profesor de Estudios sobre la Paz,
Bradford University

Para comprender las tendencias en el ámbito de la seguridad internacional no es posible limitar el análisis a la tradicional dimensión militar y securitaria, ya que los aspectos socioeconómicos y medioambientales de la cuestión tienen una destacada incidencia a nivel global. Este artículo empezará, por tanto, con un análisis de las principales áreas del desarrollo securitario, con un énfasis especial en el caso de Oriente Medio, y procederá luego a examinar aquellos factores relativos a esas dimensiones más amplias. De este modo se pondrá énfasis en las tendencias en el ámbito de las divisiones socioeconómicas tal como se pusieron de manifiesto en 2012, y también se examinará el tema del cambio climático teniendo en cuenta las importantes pruebas científicas que se han puesto de manifiesto a lo largo del año.

El despertar árabe

La rápida caída del régimen tunecino durante los primeros meses de 2011 fue seguida inmediatamente por unos disturbios mucho más importantes en Egipto, país con mucha más población. Lo que se conoce ya como la primavera árabe o como el despertar árabe iba a tener un fuerte impacto en toda la región y más allá de ella, con resultados muy diferentes en varios países. En el transcurso del 2012 el país en el que todo había comenzado, Túnez, experimentó un lento avance hacia la democracia, pero se hizo evidente la existencia de un cierto grado

de frustración que iba más allá de la dimensión política. Esencialmente, el caso tunecino es representativo de cinco de los factores que subyacen a este proceso, factores que se repetían de diferentes formas en buena parte de Oriente Medio.

Uno de estos factores era la oposición al sistema de gobierno autocrático que se había atrincherado en muchos países, y este se vio amplificado por un segundo factor: la existencia de unas élites acomodadas que se beneficiaban en gran manera de unos sistemas políticos muy centralizados. El tercer factor era el “bulto demográfico” del sector joven de la población situado aproximadamente entre los 15 y los 30 años, y el cuarto el gran número de personas jóvenes que habían adquirido una educación superior de nivel universitario y que disponían de muy pocas probabilidades de prosperar en la vida a menos que estuviesen personalmente vinculadas a las élites. El quinto factor, finalmente, era la difícil situación económica que afectaba a muchos países, especialmente aquellos con unos recursos gasísticos y petrolíferos limitados.

Si bien lo sucedido en Túnez y Egipto no estuvo muy lejos de ser un cataclismo político, lo que vino a continuación fue la llegada al poder de unos partidos políticos que eran mucho más representativos del sentir popular pero que se enfrentaban a unos retos económicos enormes. Esto se vio exacerbado por las altas expectativas de la gente, que si bien daban la bienvenida al fin de unas autocracias extremas también tenían unas elevadas aspiraciones de mejora económica que iban a resultar muy difíciles de satisfacer para cualquier partido político. Esto se reflejó en Túnez, donde en 2012 se produjeron varios estallidos públicos, si bien la integridad política del país permaneció en gran parte intacta.

Dos monarquías reaccionaron al sentir popular de dos formas diferentes. En Marruecos, el rey se había comprometido a realizar algunas reformas con anterioridad a la rebelión y después de este se incrementó la rapidez y la profundidad de las mismas. Si bien el país siguió empanzanado en el conflicto del Sáhara Occidental, las reformas fueron suficientes para contener la frustración popular. En Jordania, en cambio, el ritmo de la reforma fue de una lentitud glacial durante el 2012 y diversos analistas han predicho que habrá graves disturbios sociales en los próximos años si no se abordan con decisión cuestiones fundamentales como la corrupción, la mala administración y el elitismo que se dan en el país. En el transcurso del año Jordania también experimentó los efectos del cruce de la frontera con Siria de decenas de miles de refugiados, lo que aumentó los problemas económicos y llevó al límite la capacidad de reacción del gobierno.

En su mayor parte las monarquías de la Península Arábiga reaccionaron con una mezcla de concesiones y de represión. Tras hacer frente a varios disturbios en 2011, las autoridades omaníes continuaron reprimiendo la disensión en 2012, permitiendo al mismo tiempo un cierto grado de apertura junto con un relajamiento del apoyo económico, y Arabia Saudí proporcionó decenas de miles

de millones de dólares para estimular la economía, en particular mediante aumentos de salario. En Bahréin la oposición de la mayoría chií a la monarquía autocrática suní fue sofocada con una fuerza considerable con ayuda de unidades militares de Arabia Saudí y de unidades policiales de Emiratos Árabes Unidos. Aunque aliados de Arabia Saudí como el Reino Unido y Estados Unidos pretendían estar a favor de la democratización evidente en Túnez y Egipto, y pese a condenar al régimen de Assad en Siria, continuaron prestando apoyo a Arabia Saudí, incluyendo una clara implicación en el entrenamiento y las operaciones de las fuerzas armadas.

El complejo conflicto del Yemen siguió evolucionando, incluida la intervención norteamericana contra los miembros de Al Qaeda, y el apoyo saudí a las autoridades yemeníes en su represión de los clanes rebeldes del norte del país. En Argelia, el gobierno respondió al clamor popular principalmente mediante algunas concesiones económicas, pero la estabilidad se mantuvo en parte debido a la renuencia de la gente a buscar un cambio político radical, dadas las consecuencias que tuvieron los intentos anteriores de comienzos de la década de 1990, en particular la muerte de por lo menos 100.000 argelinos.

El año 2011 el régimen de Gadafi en Libia había sido liquidado principalmente por la intervención externa de la OTAN en apoyo de una serie de grupos paramilitares locales, y el propio Gadafi fue linchado al final de una campaña de seis meses. Se tenían expectativas de que Libia realizaría una transición a un estado prooccidental relativamente estable, a causa del considerable flujo de ingresos procedentes del gas y del petróleo, pero resultó más difícil de lo esperado consolidar el cambio de régimen en una forma aceptable de gobernanza, y a lo largo de 2012 el país siguió estando acosado por las acciones de múltiples milicias, entre ellas las de elementos islamistas radicales como las que habían sido reprimidas durante la era de Gadafi. Además, los tuaregs y otros mercenarios que habían luchado en las fuerzas armadas libias abandonaron el país en masa cuando el régimen se desmoronó. Muchos de los tuaregs regresaron al norte de Malí equipados con abundantes armas y municiones y rápidamente se vieron implicados en un intento de secesión, prolongación de la creencia de más de una década de duración según la cual el norte de Malí llevaba tiempo sufriendo la exclusión económica por parte de la mayoría del sur, especialmente de las clases gobernantes en Bamako.

En Egipto, los niveles de organización política –no oficiales pero existentes desde tiempo atrás– de los Hermanos Musulmanes saltaron al primer plano en las elecciones presidenciales ganadas por Mohamed Mursi frente a una oposición dividida y desorganizada. Durante los primeros y escasos meses que estuvo en el cargo durante la última parte de 2012, el gobierno de Mursi intentó limitar el poder de la cúpula militar al tiempo que se

esforzaba en superar unas dificultades económicas ya de por sí severas pero agravadas aún más por el colapso de la industria turística en el valle del Nilo. Su situación se complicó todavía más debido a la pronunciada propensión por parte de los Hermanos Musulmanes a tratar de reforzar su control sobre los sistemas político y judicial, una política que rápidamente les ganó la enemistad de otros elementos confesionales y de la sociedad secular. A finales de año el gobierno había perdido buena parte de su popularidad, consecuencia de su propia incompetencia pero reflejo también de la magnitud del descontento económico.

Irak, Siria e Irán

El presidente Barack Obama había hecho campaña en 2008 sobre la base de que la guerra de Irak era una “guerra mala” y de que Estados Unidos tenía que retirar la mayor parte de sus fuerzas. Esto contrastaba con su punto de vista según el cual la guerra de Afganistán, debido a su conexión con Al Qaeda y los ataques del 11-S, era una “guerra buena”. Al llegar al poder en 2009 su administración entabló negociaciones con el gobierno de Nuri al-Maliki en Bagdad sobre los términos, condicio-

nes y funciones aplicables a lo que se esperaba que fuese un contingente de fuerzas norteamericanas de probablemente unos 10.000 efectivos. Dichas fuerzas ayudarían a garantizar la seguridad de la región oc-

cidental del Golfo Pérsico frente a la influencia de Irán y también contribuirían de manera considerable a reforzar la influencia de Estados Unidos en Irak, un resultado que contaba con la aprobación de Arabia Saudí y que tenía un gran valor a la larga para Washington, particularmente debido a las sustanciales reservas petrolíferas de Irak.

Las expectativas eran alcanzar un acuerdo en 2011, pero la cosa resultó mucho más difícil, principalmente porque el gobierno de Maliki no estaba dispuesto a aceptar la insistencia norteamericana de que su personal militar no tenía que estar sujeto a las leyes irakíes. Para sorpresa de muchos decisores políticos estadounidenses, resultó imposible llegar a un acuerdo, y en consecuencia a la Administración Obama no le quedó otra opción que retirar todas las tropas de combate a finales del 2011. De este modo, a comienzos de 2012 la influencia iraní en Irak empezó a crecer, dado que el gobierno Maliki era en su mayor parte chií. La importancia de este hecho requiere que la cuestión sea analizada con detenimiento por cuanto representa un cambio notable en la influencia de Estados Unidos en la región y tiene unas implicaciones considerables a largo plazo para la política norteamericana.

“La combinación de un mundo socioeconómicamente dividido y medioambientalmente limitado exige una transición económica radical”

Un mes después de poner fin al régimen talibán en diciembre de 2001 el presidente George W. Bush pronunció su discurso sobre el estado de la nación ante las dos cámaras del Congreso. En este notable discurso hizo extensiva la *guerra contra el terror* centrada en Al Qaeda presentándola como un conflicto más amplio contra un “eje del mal” de “estados canalla” que daban apoyo al terrorismo y que trataban de desarrollar armas de destrucción masiva. Los miembros principales de este eje del mal eran Irak, Irán y Corea del Norte, y cuando aproximadamente un año más tarde se puso fin al régimen de Sadam Hussein, el control de dos de estos estados parecía garantizado. A mediados de 2003 Irak parecía estar bajo el control de la Autoridad Provisional de la Coalición, dirigida desde el Pentágono, y había de progresar hacia una democracia de libre mercado con una duradera presencia militar norteamericana. Irán estaría perfectamente constreñido por la influencia norteamericana en Afganistán y en Irak, y por la poderosa presencia de la Armada norteamericana en la región.

En el transcurso de 2012 se hizo evidente hasta qué punto este objetivo no se había podido cumplir. Bajo el gobierno Maliki, Irak se concentró en la promoción de la mayoría de la población chií con la exclusión parcial de la minoría suní que había controlado el poder durante el régimen de Sadam Hussein. Desde el interior de esta minoría, los grupos paramilitares radicales islamistas que habían desempeñado un papel muy importante durante la guerra contra la coalición dirigida por los norteamericanos a mediados de la primera década del nuevo siglo reanudaron su actividad, con numerosos asesinatos y ataques con bomba a las fuerzas de seguridad del gobierno, y con periódicos atentados contra objetivos civiles chiíes. El conflicto fue recrudeciendo, y el gobierno de Maliki recurrió a una dura represión de los grupos paramilitares prestando una mínima atención a las quejas suníes subyacentes al mismo. También durante el transcurso del año la relación entre el gobierno de Maliki e Irán se estrechó mucho más y ello provocó inquietud tanto en Riad como en Washington. Esto se produjo al mismo tiempo que tenían lugar unas esporádicas negociaciones entre Estados Unidos y sus aliados occidentales, por un lado, e Irán por otro sobre las ambiciones nucleares iraníes. Estas negociaciones no hicieron prácticamente ningún progreso durante el año 2012, pero al menos las tensiones permanecieron relativamente bajas, aunque Israel siguió considerando las ambiciones nucleares iraníes como una amenaza existencial potencial, pese a poseer un poderoso arsenal nuclear propio —el único arsenal nuclear nacional existente en Oriente Medio.

Allí donde la relación Irak-Irán se volvió especialmente importante fue en la posterior evolución de la guerra civil siria, que a lo largo de 2012 se convirtió en un conflicto devastador, con importantes consecuencias regionales e implicaciones globales. El conflicto había empezado a comienzos de 2011 tras una serie de amplias pero no violentas protestas contra el régimen autocrático de Assad. El régimen tenía su principal apoyo en la minoría alauita,

una secta islámica vinculada al chiísmo, y contaba también con el apoyo de prósperos elementos comerciales de la mayoría suní y de otros grupos confesionales incluidas las iglesias católicas. Las protestas originales se produjeron tras las acciones públicas en Túnez y Egipto y fueron reprimidas sin contemplaciones por el régimen de Assad.

Esto a su vez llevó al desarrollo de una oposición más violenta, y los grupos de oposición no violentos fueron quedando marginados a medida que se iba concretando una rebelión armada. A finales de 2011 se hicieron predicciones en el sentido de que el régimen de Assad no iba a durar mucho, pero dichas predicciones resultaron ser muy prematuras y la guerra en Siria progresó rápidamente a lo largo de 2012 hasta convertirse en un conflicto profundamente arraigado que ya ha costado decenas de miles de vidas y que ha provocado el desplazamiento de muchos cientos de miles de personas, tanto dentro de Siria como en los países vecinos.

Durante el año 2012 la guerra civil siria se ha convertido en un conflicto complejo, con un insólito elemento de doble delegación operando a un nivel primario y a un nivel secundario. El elemento a nivel primario era el apoyo que daban a las facciones rebeldes los estados del Golfo, en particular Arabia Saudí y Qatar. Este último, pese a ser un estado pequeño, es inmensamente rico en gas natural y ha podido utilizar los ingresos obtenidos de este modo para financiar de modo considerable a los rebeldes sirios. Las provisiones procedentes del exterior permitieron a los grupos rebeldes hacer avances sustanciales durante el 2012, aunque entre estos no se contaba la ocupación de las ciudades más importantes. Damasco permaneció en manos del régimen y los rebeldes solamente pudieron hacerse con el control de algunas partes del centro comercial de Aleppo. A finales de año el régimen de Assad todavía parecía ser lo suficientemente robusto como para mantener el control general del país, si bien de un país severamente castigado por casi dos años de guerra.

Si el elemento saudí-qatarí era una parte de la principal delegación del conflicto, la otra era la que representa Irán y su apoyo al régimen de Assad. La prolongada conexión entre Irán y Siria, debida en parte a las relaciones confesionales entre alauitas y chiíes, garantizaba que el régimen podía obtener un apoyo considerable de Teherán en forma de armas, entrenamiento e incluso asistencia paramilitar directa. Lo que hacía esto particularmente valioso era el papel de Irak, proporcionando un conducto directo para el traslado de suministros procedentes de Irán, especialmente en forma de lo que venía a ser un verdadero puente aéreo, pese a las presiones diplomáticas norteamericanas para ponerle un límite. El fracaso de la influencia norteamericana en este caso fue un poderoso indicio de la pérdida de poder de Estados Unidos en la región y del ascenso de Irán.

Esto nos lleva al elemento de delegación secundario de la guerra en Siria: el apoyo de Estados Unidos, Francia y algunos otros estados occidentales a los rebeldes, y el apoyo de la Federación Rusa al régimen sirio. El apoyo occidental a los rebeldes no llegó a proporcionarles directamente

armas, pero tomó otras muchas formas y estaba motivado en parte por la antipatía hacia el régimen de Assad y de un modo más completo por el papel que desempeñaba Irán en el conflicto. La Federación Rusa apoyó al régimen sirio por razones históricas, en el sentido de que ambos países mantienen una relación que se remonta a más de cuarenta años atrás, y debido a que la única base que conserva la Armada rusa en el Mediterráneo es la de Tartus. También hubo oposición a la intervención occidental en la región debida en parte a la determinación del gobierno Putin de dar la impresión de que Federación Rusa mantiene un estatus de superpotencia. Esto se vio reforzado por la persistente opinión de Moscú de que los estados occidentales habían utilizado una resolución del año 2011 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre la intervención humanitaria en Libia como pretexto para acabar con el régimen. Con este doble elemento de delegación, todos los intentos por parte de mediadores de la ONU como Lakhdar Brahimi para reunir a las dos partes se vieron envueltos en dificultades. Sin la voluntad por parte de los actores externos de apoyar un acuerdo negociado, las perspectivas de alcanzar dicho acuerdo a finales de año eran muy limitadas.

A finales del 2012 sucedieron dos cosas en Siria que tendrán importantes consecuencias a largo plazo. Una fue que el régimen de Assad empezó a hacer avances territoriales y a demostrar con ello una capacidad de derrotar a las fuerzas rebeldes de una forma que sobrepasaba las expectativas occidentales externas. Esto planteó la cuestión de si los estados occidentales debían proporcionar ayuda militar directa y posiblemente incluso intervenir al lado de los rebeldes, inicialmente con la imposición de zonas de exclusión aérea como las que se emplearon contra el régimen de Saddam Hussein en Irak a comienzos de la década de 1990.

El problema para los estados occidentales fue lo segundo que ocurrió: la forma en que la naturaleza de la propia rebelión estaba cambiando de dos maneras distintas pero relacionadas. Una era el nivel de desorganización y la falta de una dirección central coordinadora. En muchos sentidos la rebelión se había desarrollado a partir de una serie de milicias que eran esencialmente entidades geográficas con prioridades locales, pero la falta de conjunción entre ellas significaba que la acción contra el régimen de Assad carecía en gran parte de estrategia. Agravaba el problema la escasez de armamento pesado, que hacía muy difícil contrarrestar la artillería, los misiles, los helicópteros de ataque y la aviación del régimen.

El otro desarrollo por lo que respecta a la rebelión fue la presencia cada vez mayor de elementos islamistas. Desde el comienzo de la guerra el régimen de Assad ha afirmado que la rebelión tenía su origen en una red terrorista de islamistas apoyada por elementos externos. En los primeros meses de la guerra esto era una enorme exageración y tuvo un efecto escaso en la actitud de los

estados occidentales como Francia y Estados Unidos. El problema para ellos fue que en el transcurso del 2012 se hizo cada vez más evidente que el elemento paramilitar islamista de la rebelión era cada vez más importante. Si bien las organizaciones paramilitares de orientación islamista eran de algún modo distintas entre sí y no tenían una sola unidad de organización, el hecho es que colaboraban de un modo bastante estrecho y que a finales de año constituían el elemento más efectivo de toda la insurgencia.

Cuando un pueblo o ciudad era ocupado por las organizaciones paramilitares islamistas, estas imponían unas leyes severas pero también traían consigo un cierto grado de orden, incluida la organización del suministro de electricidad, combustible y alimentos. Se mostraron particularmente eficaces en el nordeste del país, donde pudieron hacerse con el control de las áreas agrícolas del valle del Éufrates, las plantas hidroeléctricas del mismo río y los yacimientos petrolíferos de la región. Además, su administración de las áreas bajo su control contrastaba claramente con el saqueo y la desorganización que eran comunes en las áreas ocupadas por otros grupos rebeldes.

Por otra parte, los grupos paramilitares islamistas demostraron ser más efectivos en combate, debido sobre todo a que incluían cohortes que se habían unido a la rebelión procedentes de otros países, algunas de las cuales habían ganado experiencia de combate contra las fuerzas norteamericanas y otras fuerzas de la coalición en Irak a mediados de los años 2000. El paralelismo histórico en este caso es impresionante. Durante la década de

los años 1980, jóvenes yihadistas devotos como Osama bin Laden viajaron a Afganistán para ayudar a los mujahidines afganos en su lucha contra los ocupantes soviéticos, muchos de los cuales eran reclutas moralmente poco motivados. Estos yihadistas fueron un elemento importante en el desarrollo posterior del movimiento de Al Qaeda en los años noventa, y algunos de ellos regresaron para ayudar a los talibanes en su guerra civil contra la Alianza del Norte de los *señores de la guerra*.

Actualmente, a comienzos de la segunda década del siglo XXI, los jóvenes yihadistas paramilitares están demostrando ser muy eficaces en la guerra civil siria, y algunos tienen experiencia de combate no contra reclutas soviéticos en el Afganistán rural, sino contra las fuerzas bien equipadas y entrenadas de voluntarios norteamericanos y de la coalición en el Irak urbano. Este es un efecto colateral que puede acabar teniendo una importancia duradera en tres sentidos. Estos grupos obtendrán cada vez más el respaldo de la Arabia Saudí y de Qatar; harán menos probable que los estados occidentales intervengan con sus fuerzas militares por temor a fortalecer a los elementos yihadistas, y probablemente desempeñarán un papel cada vez más importante e incluso tal vez dominante en la oposición al régimen de Assad.

“Debido al impacto que está teniendo la crisis financiera iniciada el año 2008, el malestar social se ha convertido en una característica de muchos países”

Afganistán y Pakistán

Durante la campaña por la presidencia norteamericana de 2008 Barack Obama caracterizó la guerra afgana como una guerra en interés de la seguridad nacional, dada la conexión existente entre el viejo régimen de los talibanes y el movimiento de Al Qaeda. Este punto de vista lo compartía de un modo aún más enérgico su oponente, el candidato republicano John McCain, que abogaba por un importante refuerzo de las tropas norteamericanas en Afganistán, un contingente de unos 30.000 soldados, para derrotar a las resurgentes fuerzas talibanes y a otros grupos de la oposición armada. La idea era que, una vez conseguido este objetivo, Estados Unidos podría retirar la mayor parte de sus fuerzas, dejando solo las unidades suficientes para salvaguardar al gobierno afgano y para garantizar la defensa de los intereses de Estados Unidos en la región.

El contexto del resurgimiento talibán, que se había hecho evidente en 2005-2006, era que cuando el régimen había sido liquidado en 2001, apenas se había hecho ningún esfuerzo para garantizar que Afganistán tuviese suficiente estabilidad para proceder a la reconstrucción del país después de varias décadas de guerra. Bajo el presidente Bush, Estados Unidos se concentraba casi por entero en preparar el final del régimen en Irak, y los gobiernos europeos se mostraban extremadamente reacios a contribuir de manera importante a las fuerzas de estabilización. A consecuencia de ello se produjo un vacío de seguridad que fue finalmente ocupado por un resurgimiento de los talibanes y de otros grupos paramilitares.

Durante 2008-2009, la Administración Obama examinó las opciones que tenía respecto a su postura militar y finalmente llegó a una conclusión muy similar a la de McCain —era necesario proceder a un incremento de las fuerzas militares. En consecuencia, el año 2010 se desplegó en el país un contingente adicional de unos 30.000 soldados, lo que hizo ascender el contingente total norteamericano a unos 100.000 soldados, y el de la OTAN y los países aliados a 130.000. Sin embargo, entre las políticas de McCain y Obama había una diferencia pequeña pero significativa. Si el primero consideraba que el aumento de las fuerzas militares era un medio para conseguir la victoria, la Administración Obama opinaba que la victoria era imposible sin un compromiso mucho mayor que el que Estados Unidos estaba en condiciones de mantener. El punto de vista de Obama era que un incremento de las tropas norteamericanas de 30.000 efectivos sería suficiente para poner a los talibanes a la defensiva, garantizando que una retirada negociada alejaría mucho a los talibanes de la posibilidad de recuperar una vez más el control del país.

Pero a lo largo de 2012 se hizo evidente que el aumento de efectivos militares no iba a tener el efecto anticipado. Al contrario, el aumento sirvió principalmente para incrementar el nivel de oposición a lo que era visto como una ocupación extranjera, especialmente en el sur y en el sudeste del país. Si la percepción fundamental entre los

talibanes y sus partidarios era que Estados Unidos y sus socios de coalición eran ocupantes más que libertadores, cuantas más tropas se desplegasen en el país más fuerte sería la resistencia con que se encontraría la ocupación.

Cuando la Administración Obama llegó a la conclusión de que negociar desde una posición de fuerza sería altamente improbable, decidió aceptar que lo más apropiado era establecer un calendario para la retirada. Esto se hizo evidente a lo largo de 2012, y se concretó que a finales del 2014 las tropas de combate norteamericanas tendrían que haber abandonado el país. Esta fue una política inmediatamente seguida por sus socios de coalición, en particular por el Reino Unido, que tenía el mayor contingente militar en el país después de Estados Unidos.

Entre el 2006 y el 2012 hubo cambios en la forma en que Estados Unidos combatió a los talibanes y a otros grupos de la oposición armada en Afganistán. Dos de los más fundamentales fueron la dependencia cada vez mayor de las operaciones de las Fuerzas Especiales, y el uso creciente de *drones*, aviones de combate no tripulados. Un aspecto muy polémico de las actividades de las fuerzas especiales fue el uso generalizado de las incursiones nocturnas —la entrada de tropas en los pueblos de noche para proceder a ataques que pudiesen llevar a la muerte o captura de elementos sospechosos—. En el momento de mayor actividad en 2012 hubo unas doce de estas incursiones cada noche, un efecto de las cuales fue aumentar aún más la oposición a la presencia norteamericana, dada la frecuencia de bajas civiles y la sustancial intromisión en las casas particulares.

Los *drones* armados como el *Predator* se introdujeron muy pronto en la guerra de Afganistán, pero su uso se aceleró enormemente durante el primer mandato de Obama y se convirtieron en el arma preferida contra los dirigentes talibanes y los movimientos de Al Qaeda. Dado que la mayor parte de los líderes de Al Qaeda se encontraban en el noroeste de Pakistán, a lo largo de 2012 se usaron de forma repetida *drones* armados en esta región, pese a que causaban con frecuencia bajas civiles y a que eran vistos en Pakistán como un violación totalmente inaceptable de la soberanía nacional.

2012 como punto final y como transición

Por lo que respecta a la *guerra contra el terror*, 2012 fue un año fundamental en el sentido de que finalmente se hizo evidente que la guerra había sido notablemente contraproducente. Después del trauma que representó el 11-S, la Administración Bush acabó con dos regímenes, el de Afganistán y el de Irak, como si tratase de castigar a los responsables del atentado y a quienes los amparaban. Con esta acción se esperaba que dos regímenes hostiles, el de los talibanes en Afganistán y el de Sadam Hussein en Irak se transformarían en dos estados pro-occidentales, y un tercer régimen, el de Teherán, se vería en gran parte

cerrojado. En el momento en que Bush pronunció su discurso “Misión cumplida” en la cubierta del portaaviones *USS Abraham Lincoln* el 1 de mayo de 2003, parecía que estos objetivos estaban muy cerca de cumplirse.

Nueve años más tarde, en 2012, la situación era drásticamente diferente. En ambos casos se habían producido dos guerras muy violentas que provocaron la muerte de unas 200.000 personas y en las que resultaron heridas cientos de miles más, muchas de ellas mutiladas de por vida. Más de ocho millones de personas fueron desplazadas, muchas al otro lado de sus fronteras nacionales, y el coste a largo plazo de estas guerras fue estimado en más de 3 billones de dólares. Para Estados Unidos los costes humanos también habían sido considerables, con unas 6.000 bajas mortales y más de 20.000 heridos graves. Debido a la provisión de chalecos antibalas, muy eficaces, combinada con una serie de mejoras en el control de las lesiones de guerra y con la rápida evacuación de los heridos en el campo de batalla y el subsiguiente cuidado médico de los mismos, una proporción muy elevada de ellos sobrevivió, pero en muchos casos las lesiones en la cara, el cuello, la ingle o la pérdida de brazos y piernas iba a afectarles durante el resto de sus vidas.

La importancia particular del 2012 en este marco temporal más amplio se debió en parte al hecho de que durante el mismo se produjo el fin de la implicación militar norteamericana en Irak y la decisión de retirarse de Afganistán, pero también a que se hizo evidente que estaba en marcha una transición militar a más largo plazo, que había empezado en la década de 1990 pero que se había visto afectada por la conducción de la *guerra contra el terror*. En 1991, después del final de la Guerra Fría, James Woolsey, el recién nombrado director de la Agencia Central de Inteligencia del presidente Clinton, había caracterizado el nuevo entorno securitario internacional como uno en el que Estados Unidos había matado al dragón (la Unión Soviética) pero en el que ahora tenía que enfrentarse a una selva llena de serpientes venenosas. Dicho entorno requería unas fuerzas militares mucho más versátiles, con un énfasis mayor en la guerra expedicionaria, en la proyección de la fuerza y en el uso de fuerzas especiales, y los cambios acaecidos en el ejército norteamericano durante la década de 1990 reflejaron esta situación.

En la Administración Bush entrante, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld defendió este punto de vista en lo que fue caracterizado como una *war lite* o *guerra de perfil bajo*, y este mismo enfoque fue adoptado después del 11-S en Afganistán, donde se puso rápidamente fin al régimen talibán mediante la combinación de un uso intensivo del poder aéreo y del personal de las fuerzas especiales y de la CIA reforzando las fuerzas de los *señores de la guerra* de la Alianza del Norte. El mismo esquema, si bien a una escala aún mayor, se aplicó allí donde las fuerzas de la coalición que se habían empleado para poner fin

al régimen de Saddam Hussein eran menos de una cuarta parte de las utilizadas para expulsar de Kuwait a los irakíes doce años antes.

Al final, tanto en Afganistán como en Irak, la evolución de la situación se concretó en unas operaciones intensivas frente la contrainsurgencia en las que se emplearon cientos de miles de efectivos, y en ambos casos la cosa terminó en fracaso. Incluso así, esto ha dado lugar a un cambio sustancial en los enfoques de los ejércitos occidentales a los despliegues expedicionarios, con un énfasis mucho mayor en lo que se ha dado en llamar “control remoto”. Apartándose del uso de tropas sobre el terreno se pone ahora un énfasis mucho mayor en el uso de aviones no tripulados, de fuerzas especiales y de compañías militares privatizadas, un enfoque que saltó a primer plano en 2012, no solo en Afganistán sino también en Pakistán, Yemen y Somalia. Este cambio ha dependido en parte de determinados avances tecnológicos, el más importante de los cuales ha sido el despliegue de los poderosos UCAV (Vehículos Aéreos de Combate No tripulados), que no existían cuando Rumsfeld promocionaba la *war lite* en 2001. También se vio reflejado en la rápida expansión de las fuerzas especiales, en particular en Estados Unidos. El US Special Operations Command es un cuerpo militar integrado establecido en 1987 y que fue muy ampliado durante el primer mandato de Barack Obama, desde 42.743

efectivos en 2008 a 63.650 en 2012. Este enfoque se vio reforzado por el desencanto producido en Estados Unidos por las guerras en Irak y Afganistán. La Administración

Obama en particular ha supervisado un uso considerable de los aviones de ataque no tripulados, un área algo polémica dada la discutible legalidad de los asesinatos selectivos y la dura oposición que se da en Pakistán al uso de los *drones*, con más de 400 ataques a finales de 2012. La intensidad del uso de estos aparatos en Afganistán fue incluso superior, con 1.160 ataques llevados a cabo por los norteamericanos entre 2009 y 2012, y otros 349 a cargo de la Royal Air Force británica hasta noviembre de 2012.

El estatus de Al Qaeda

Desde la perspectiva de la Administración Obama y sus socios de coalición, el uso de aviones de combate no tripulados y de fuerzas especiales demostró ser muy eficaz para poner coto a las operaciones de Al Qaeda. El asesinato de Osama bin Laden en mayo de 2011 se produjo en paralelo a la descomposición de los mandos intermedios del movimiento en el noroeste de Pakistán, lo que tuvo como resultado una organización que a finales de 2012 había perdido buena parte de su función principal. Un análisis más crítico, sin embargo, sugería una continuación de la fuerza de Al Qaeda, que seguía con la transición a una idea adoptada por grupos que actuaban en muchos lugares del

“Existe la urgente necesidad de una comprensión más fundamental de la seguridad internacional”

mundo. Parte del problema consistía en el hecho de que Al Qaeda no había sido nunca una organización estrechamente jerárquica, como demostraban los numerosos atentados perpetrados en todo el mundo durante el período 2002-2005. Entre estos atentados destacan los realizados en España, Reino Unido, Turquía, Marruecos, Túnez, Egipto, Jordania, Yemen, Kenya, India, Pakistán, Indonesia y otros muchos lugares. La mayoría iban dirigidos a objetivos occidentales, en particular a los intereses internacionales norteamericanos e israelíes, y muchos de los ataques los llevaban a cabo grupos con una relación imprecisa con Al Qaeda.

En 2012 el movimiento era aún más dispar y la ausencia de una entidad operativa central en Pakistán tuvo pocas consecuencias. Los miembros de Al Qaeda actuaron en Yemen y en Somalia; hubo disturbios en las zonas costeras de Kenya y Tanzania, y en África Occidental el movimiento Anser Dine estuvo muy activo en Malí. Durante el 2012 Nigeria vivió numerosos ataques perpetrados por el movimiento Boko Haram y su filial Ansaru, y hubo indicios de que continuaba la actividad yihadista en Argelia y que existía el potencial para la actividad islamista en Níger. Los grupos paramilitares vinculados a Al Qaeda se mostraron muy activos en Irak y los islamistas rebeldes formaban parte, como hemos visto, de los grupos de combatientes más eficaces en Siria. Todo esto además de los numerosos ataques llevados a cabo en Pakistán a lo largo de 2012 y de los problemas creados a las autoridades rusas por el emirato del Cáucaso en los preparativos de los Juegos Olímpicos de Invierno que han de celebrarse en Sochi en 2014.

El movimiento de Al Qaeda, pues, ha evolucionado hasta convertirse en una idea que retiene una fuerza considerable. Esto significa que incluso este objetivo de la *guerra contra el terror*, la destrucción del movimiento, ha tenido una eficacia mucho más limitada, mientras que las invasiones de Irak y Afganistán han resultado ser muy contra-productivas. En respuesta a este cambiante contexto securitario una de las tendencias principales ha sido avanzar hacia el enfoque del control remoto, y es por consiguiente sensato concluir considerando si las tendencias en el ámbito de la seguridad internacional hacen probable que dicho enfoque sea el apropiado.

El control remoto y las nuevas tendencias en el conflicto internacional

Hay dos tendencias internacionales amplias que combinadas amenazan con producir una era de fragilidad y volatilidad a menos que sean contrarrestadas y revertidas. La primera es la manera en que la economía mundial está produciendo crecimiento sin equidad. Esta tendencia se ha acentuado en los últimos cuarenta años y a consecuencia de ello la mayor parte de los frutos del crecimiento están actualmente en manos de una quinta parte aproximadamente de la población mundial. Tanto si medimos los

ingresos familiares como la riqueza, esta proporción de la población posee entre el 80 y el 90 por ciento del total, y el resto se lo reparte una gran mayoría.

La distribución de la riqueza ya no sigue un eje Norte/Sur, mundo rico/mundo pobre o primer mundo/tercer mundo, en el sentido de que se ha formado una élite transnacional con al menos unas 250.000 personas en el quintil más acaudalado en países como China e India, y unas minorías muy empobrecidas en el “viejo” mundo del Norte. Esta brecha se ha ido ampliando y este parece ser un defecto fundamental en la forma en que la economía mundial ha evolucionado hacia un sistema de mercado menos regulado y más libre. Al mismo tiempo se han producido mejoras muy bien recibidas en educación en todo el mundo, con muchos más niños asistiendo a la escuela durante al menos cinco años, e incluso con una notable reducción de la tristemente célebre brecha que separa a los niños de las niñas. Además, las comunicaciones también han mejorado radicalmente y si bien en muchas partes del mundo siguen siendo pobres en información, las mejoras realizadas en la tecnología de los teléfonos celulares están teniendo actualmente un efecto positivo sobre esta limitación.

Una consecuencia importante de estos cambios positivos, sin embargo, es que las poblaciones marginadas, que son mayoría en todo el mundo, son mucho más conscientes de su marginación, lo que produce en ellas ira, resentimiento y un gran malestar social. En su forma más extrema esto puede producir “revueltas desde los márgenes”, como la revuelta naxalita neomaoísta que afecta actualmente a grandes partes de India, y el malestar social endémico en partes de China. Debido al impacto que está teniendo la crisis financiera iniciada el año 2008, el malestar social se ha convertido en una característica de muchos países, incluidos Grecia, España y Chile, y también subyace en algunas de las motivaciones que han alimentado el despertar árabe.

Por sí misma, la divisoria socioeconómica tiene la capacidad de provocar graves disturbios sociales, y probablemente se verá muy exacerbada por la segunda tendencia: la limitación de la actividad económica a causa de las restricciones medioambientales. Si bien la escasez de recursos y la pérdida de biodiversidad pueden ser graves, estos problemas se ven superados por los cambios climáticos producidos por la acumulación en la atmósfera a causa de la actividad humana de gases de efecto invernadero como el dióxido de carbono y el metano. Análisis realizados en 2011 y 2012 por la Organización Meteorológica Mundial han confirmado que la primera década del siglo XXI ha sido la que ha presentado unas temperaturas más elevadas desde que se realizaron las primeras mediciones en 1850, y también ha sido una década en la que el mundo ha experimentado unos “extremos climáticos sin precedentes”.

Si se analizan estas tendencias a lo largo de varias décadas, el cambio climático tiene otras dos características. Una de ellas es que la evidencia sugiere que se está acelerando y la segunda es que su impacto es profundamente asimétrico. Este último aspecto incluye el rápido calentamiento

del Ártico y de las zonas periárticas y la probabilidad de que las masas continentales tropicales y subtropicales se calienten más deprisa que los océanos y que tiendan a secarse. El impacto de este último elemento en la seguridad es fundamental, dado que aparentemente grandes partes del mundo serán incapaces de mantener la actual capacidad ecológica de carga de sus cosechas, y por consiguiente no podrán proporcionar alimento suficiente a sus poblaciones. Esto incluye además a aquellas partes del mundo que están menos desarrolladas económicamente y que carecen de recursos para sostener a su población por otros medios. Existe por tanto un riesgo fundamental de que se produzcan profundos desórdenes sociales incluidas intensas presiones migratorias a medida que los márgenes vayan cayendo en la desesperación. Esta combinación de un mundo socioeconómicamente dividido y medioambientalmente limitado exige una transición económica radical combinada con un paso rápido a las economías ultrabajas en carbono, una transición tan grande como las revoluciones agrícola e industrial pero que habrá que emprender en, como mucho, tres décadas, y no en un período de siglos.

Lo más probable es que las sociedades de élite mirarán de proteger su nivel de vida y que lo harán enfocando la cuestión de la seguridad para conseguir controlar el disenso en los países en los que se origine. Es este elemento el que conecta el largo plazo a los acontecimientos de 2012 porque el año recién transcurrido marca, como hemos visto, una transición desde el control militar por ocupación al control por métodos remotos que eviten despliegues masivos de tropas en el extranjero. No está nada claro que estos métodos sean siquiera efectivos para sustituir las políticas fracasadas de la *guerra contra el terror*, lo que por consiguiente sugiere que existe la urgente necesidad de una comprensión más fundamental de la seguridad internacional. Si el sistema global topa con limitaciones medioambientales por primera vez en la historia humana, y si el sistema económico actual no produce equidad, emancipación y justicia, es obvio que será necesario buscar alternativas radicales a la actual forma de considerar la seguridad internacional.